

LA HORA DE AHORA

Tipos de Aquí

I

EL PICADOR

(Por José Sánchez-Arcilla)

EL «picador» es una verdadera institución nacional. Cuba no sería Cuba si nos faltara este simpático sujeto que sale a la calle «a buscar el tanto»... en los bolsillos de los demás.

¿Conciben ustedes a la Muy Noble y Muy Leal Ciudad de San Cristóbal de La Habana sin «picadores» de oficio? No. Son tan nuestros como el Morro o el Capitolio, el Malecón o el Paseo de Martí.

El benemérito ciudadano que se lanza a la buena de Dios dispuesto a resolver su problema, bien merece, por lo menos, el respeto y la consideración de los habaneros. Es más, si yo fuera Presidente de la República, concedería la Cruz de Carlos Manuel de Céspedes al más caracterizado de los «picadores», como premio merecidísimo a su perseverancia, a su entusiasmo y a su valor.

Pero no debemos confundir el «picador» político con el profesional. Mientras uno ejerce «la carrera» en una época determinada y se resigna, luego, a encasillarse en la nómina de cualquier Secretaría, el otro no claudica; continúa impertérrito en el campo de batalla, sin dejarse vencer por los incomprensivos y los tacaños.

El «picador» es un buen patriota que trabaja por no trabajar, y esta paradoja explica de una manera clara y terminante, la importancia extraordinaria que tienen los «picadores» en la vida nacional. Aquí, el que más y el que menos, «arrima la brasa a su sardina»... pero sin quemarse los dedos. Es decir, se hacen cosas inauditas para obtener un nombramiento cualquiera que asegure una entrada mensual discreta y razonable. Una vez lograda esta alta finalidad, a no dar un golpe, que el trabajo embrutece y el juego engorda. En cambio, los «picadores» no opinan así. Laboran, laboran sin cesar, con verdadera eficacia y cristiana resignación.

¿Saben ustedes — amables lectores — la cantidad de ingenio que tiene que derrochar un «picador» para «enredarse» con una «guaña»? El verdadero profesional, actúa con una limpieza maravillosa. Se acerca a la víctima probable y dice:

—¡Hola, viejo! ¿Cómo estás?

—Bien, ¿y tú? — responde el agredido, tratando de descubrir quién es el amigo cariñoso que tanto se interesa por su salud.

—Pues, aquí, en el yunque...

—¡Ah! ¿Trabajas en una herrería?

—No, viejo. He querido decir en el sufrimiento.

—Sí... sí...

—Y tú, como las flores. No hay más que verte. ¡Llevas un traje...!

—Regular, regular...

—Pues yo, ya me puedes ver, con el flusecito del año pasado, ¡y gracias! Estoy pasando una...

—¿De veras?

—Pero Dios te puso en mi camino, porque tú me vas a salvar. ¿Me puedes hacer un favor?

—Verdaderamente...

—No me digas que no. Con un par de pesos resuelvo mi situación.

—¿Dos pesos...? Apenas llevo sesenta centavos en el portamonedas. Mira...

—¡Qué fatal estoy! Pero de esas tres pesetas, bien me puedes dar tres reales.

—De ninguna manera. Precisamente tengo que ir a...

—Está bien, chico. Con una «guaña» me conformo.

—Tampoco.

—¡Caray! Dame el «nicasio» para la guagua...

—Te digo que llevo el dinero justo y cabal...

El «picador» baja la cabeza, pero no se entrega. Poniendo los ojos en blanco, exclama:

—Mira a ver si tienes un kilo suelto para tomar un buche de café.

Y si usted le da el centavo, se siente el más feliz de los mortales.



PATRIMONIO DOCUMENTAL

OFICINA DEL HISTORIADOR DE LA HABANA